
LA VIOLENCIA PROGRAMADA EN TELEVISION Y SU INFLUENCIA EN LOS NIÑOS

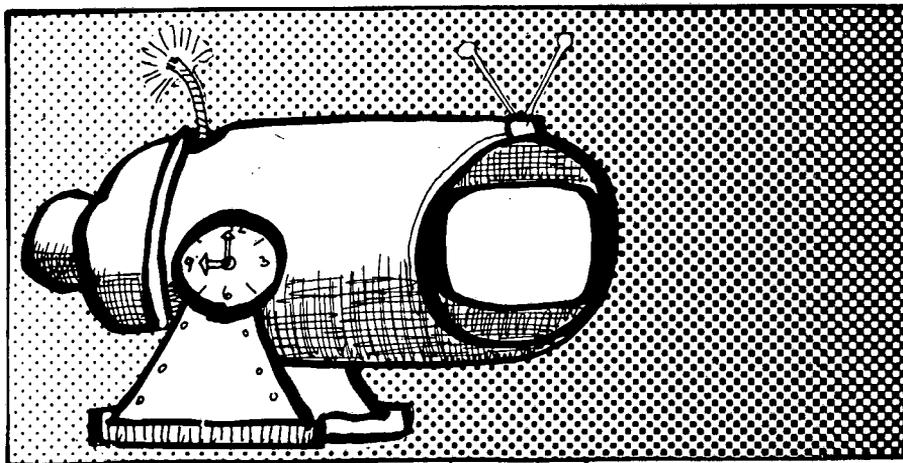
JESUS M. AGUIRRE

En Venezuela el 42 por ciento de los niños urbanos comienzan a ver televisión entre el primer y tercer año de vida y su dosis televisiva alcanza ya a cuatro horas. Tomando en cuenta la violencia contenida en una programación standarizada de una semana, tendríamos que un joven de dieciocho años, habituado a ver cuatro horas de televisión diaria a partir de los tres años, habrá contemplado 113.568 heridos-muertos, 297.024 armas, 65.520 escenas bélicas y 8.763 suicidios. Y, probablemente, en el mejor de los casos sus horas de escolaridad no llegarán a once mil (1).

INTRODUCCION VIOLENCIA DE LA TELEVISION O VIOLENCIA DE LA VIDA

La violencia de la televisión es tan abrumadora y las pruebas de verificación tan numerosas que ya ha dejado de ser punto de controversia entre los investigadores.

Según G. Mirans la TV norteamericana presenta 650 crímenes o actos de violencia por cada 100 largometrajes; W. Smythe observó que en los telefilmes uno de cada cinco personajes principales es un asesino (Smythe, 1955); S. Head, tras anali-



zar más de 200 programas de TV calcula que el crimen es 22 veces más frecuente que en la vida real; O. Larsen establece que los programas de TV tienden a proyectar además series en que los fines socialmente aprobados, frecuentemente son alcanzados por medios que la sociedad reprueba (Larsen, 1968).

Este fenómeno alcanza también el mundo cultural infantil y su programación específica, ya que aun en países como Gran Bretaña con gran tradición responsabilista, Himmelweit observa que en un 20 por ciento de las emisiones británicas dirigidas a los niños hay notable violencia (Himmelweit, 1980). A su vez, Gebner, dedicado hace años al análisis sistemático de la violencia en la programación norteamericana, encuentra que el nivel de violencia en dibujos animados, diseñados para niños va incrementándose de año en año. De los 95 programas analizados entre 1967 y 1969, solamente dos en 1967 y uno en 1969 no contenían violencia (Gebner, 1972).

Estos y otros estudios semejantes han provocado una inquietud general en todas las sociedades en que la televisión es un miembro electrónico más de la familia.

¿Cuáles son las impresiones inmediatas que pueden producir estos mensajes en los niños y hasta qué punto pueden *estimular la agresividad*?

¿Qué impronta duradera puede dejar este amaestramiento en la *cultura de la violencia*?

¿El deseo de la imitación y el aprendizaje de pautas agresivas y *delictivas* no condicionará de alguna manera las conductas futuras de nuestra niñez?

¿No estamos modelando a las generaciones venideras por la vía de la *insensibilización* ante el dolor humano, convertido en espectáculo?

¿Cuál puede ser el efecto global de miles de horas de programación, en que se induce la *solución de los conflictos* por la violencia?

Estas inquietudes recurrentes, suscitadas en la década del cincuenta, sobre todo en los países desarrollados, siguen perturbando ahora a los países en desarrollo en los que ya la televisión ha penetrado la mayoría de los hogares.

Los primeros informes sobre las consecuencias de los programas violentos con cierta sustentación científica datan de finales de los años sesenta. En septiembre de 1969 la "National Commission of the Causes and Prevention of Violence" de los Estados Unidos, emitía su parecer sobre la violencia en programas de entretenimiento. Ese mismo año en Gran Bretaña la "Television Research Committee" preparaba su "Reporte de Avance y Recomendaciones".

Venezuela, uno de los países latinoamericanos con mayor desarrollo televisivo, también comenzó a preocuparse del fenómeno especialmente a raíz de los resultados arrojados por la investigación del psicólogo Eduardo Santoro, que constituyeron un alerta social (2). En 1972 el Consejo Venezolano del Niño comisionó a un grupo de sus funcionarios para la elaboración de un informe sobre la influencia de la TV, titulado "Consideración sobre algunos aspectos de la TV (3).

En noviembre del año siguiente se realizaba en Puerto Ordaz el V Congreso de la Sociedad Venezolana de Psiquiatría sobre "Medios de Comunicación Social y Salud Mental", donde se presentaron ponencias relacionadas con la Televisión y la Violencia (4).

El argentino Pedro José Arenas, aprovechando la coyuntura en la que el Parlamento de su país se encontraba analizando el sistema jurídico y financiero de la televisión, publicó en 1975 un estudio sistemático sobre "La televisión y nuestra conducta cotidiana: sus efectos sobre niños, adolescentes y adultos" (5).

Más recientemente en México el Consejo de la Población elaboró un manual didáctico para enseñar a padres e hijos a ver la televisión críticamente, ante los probables efectos nocivos para la salud y la conducta (6).

Hoy el problema *vuelve a cobrar vigencia* tanto por la virulencia que se ha de-

satado en la sociedad mundial (armamentismo, guerra de las galaxias, terrorismo...) y que se refleja particularmente en los noticieros, como por el incremento de programación infantil violenta, debido sobre todo a las exportaciones de los dibujos animados japoneses. A esta espectacularización de la violencia se han sumado dos nuevas tecnologías, la transmisión de noticieros vía satélite, que nos ponen en contacto con todos los conflictos y catástrofes mundiales (Malvinas, Líbano, Libia...), y la aceleración del ritmo televisivo por los sistemas computadorizados de montaje (juegos electrónicos, videoclips, etc.).

Sin embargo el análisis científico de la violencia televisiva y su valoración ética sigue frenado por *dos escollos* de alta complejidad, que determinan los límites de la investigación y la ambigüedad de los juicios estimativos sobre los resultados.

En efecto, los investigadores, debido a los requerimientos cada vez más refinados de la metodología difícilmente dan por seguro un resultado, y, naturalmente, las recomendaciones derivadas no pueden pretender otorgar mayores certezas y seguridades, al menos, basándose en los datos científicos.

A su vez, las organizaciones que, escandalizadas por la espectacularización de la violencia, desean establecer controles más rígidos sobre su transmisión, se muestran más dubitativos cuando se les plantea que la agresividad, basada en la estructura bio-sico-sociológica del hombre no es esencialmente negativa, ha perdurado en todas las sociedades a lo largo de la historia, y, por tanto, no es de extrañar que los medios masivos la representen.

A favor de este argumento se aducen los testimonios de los relatos tradicionales, los cantares épicos, los dramas clásicos y modernos, basados a menudo en la transgresión de las leyes. Más aún, los textos, supuestamente ejemplares de historia patria, que podemos considerar como la actualidad pasada y seleccionada en manuales, no son otra cosa que una justificación de acontecimientos violentos. Por lo que parecería cierta la sentencia francesa de que los pueblos felices no tienen historia.

Es decir, que no podemos rasgarnos las vestiduras por el mero hecho de que los medios masivos ofrezcan una dosis significativa de contenidos agresivos o violentos, que de alguna manera reflejan aspectos de la violencia factual de la vida.

En esta perspectiva la problemática cambia de enfoque, pues ya no se trataría simplemente de saber si hay o no violencia televisiva para extirparla de los programas, si no de averiguar qué *relación representativa* existe entre el nivel de violencia televisada y el de la vida, y cuál es la *calidad ética* de esa representación. Sólo así es posible *atajar* adecuadamente el problema de las *consecuencias*.

La primera parte de nuestra exploración se referirá a las preguntas relativas a la calidad de los *mensajes* violentos y sus virtuales consecuencias. Pero, obviamente, sigue también planteada la cuestión sobre las *consecuencias* potenciales o reales de tales mensajes para los niños que se inician en el aprendizaje de la vida social (7).

La segunda parte del trabajo tratará de esclarecer este segundo aspecto sobre los efectos a corto y largo plazo.

PRIMERA PARTE LA REPRESENTACION DE LA VIOLENCIA EN TV

En vista de que las acepciones de la violencia no son todavía unívocas entre los investigadores, hemos preferido adoptar su definición amplia como: "*recurso a medios de acción que lesionan la integridad física, síquica o moral de otro*" (8). Desde el punto de vista semiológico, por tanto, la violencia representada será la expresión agresiva del conflicto dramático humano en el que las relaciones son de fuerza. Suponemos que tal expresión, aunque mediada por diversos códigos sígnicos

(verbales, gráficos, icónicos...) recupera básicamente los códigos antropológicos del conflicto, que se aprenden en el proceso de socialización.

Hablamos de "expresión agresiva", porque al margen del contenido, cabe un tratamiento elíptico, estético, cómico o de otra naturaleza, que haga variar significativamente el sentido y valor de un contenido violento.

Ahora bien, ¿qué factores determinan esa presencia omnímoda de contenidos violentos en la programación televisiva? Por una parte la televisión mantiene una función de vigilancia y correlación sobre el entorno social con una alta credibilidad por su carácter audiovisual. Guerras, catástrofes, conflictos de todo tipo son materia prima para nutrir este medio, que cada día se muestra más ágil incluso para competir con la radio. Por otra parte el tiempo de ocio dedicado a los medios masivos, y preferentemente a la televisión, ha ido incrementándose hasta el punto que hoy día este medio suple las mayores demandas de entretenimiento y/o cultura.

Contra lo que pudiera creerse, la diversificación de medios, todavía no ha supuesto una reducción del tiempo dedicado a la televisión, y, en todo caso, no es probable que la TV por cable y los video-cassettes ofrezcan unos materiales cualitativamente distintos. Según los resultados de la encuestadora A.C. Nilsen en Estados Unidos el promedio de horas en que hubo televisores encendidos en los hogares llegó en 1985 a un nivel sin precedentes de siete horas y diez minutos al día. Los 430 minutos suponen dos minutos más que en 1984 y una hora más que hace diez años. En Venezuela las tendencias son semejantes, y aunque la penetración de la TV es más tardía, ya el encendido en los hogares urbanos llega a un promedio de unas cinco horas. Algunas muestras de exposición del niño urbano a la TV alcanzan más de cuatro horas diarias para el 45 por ciento de los casos.

Esta inmensa demanda de suministros informativos y diversivos en una situación competitiva para captar los públicos, impone la estandarización de métodos de producción y selección cada vez más sensacionales sobre lo que es *útil para la atención social*, independientemente de su valor representativo u orientativo respecto a la vida (9).

1.1. La violencia en los programas informativo-documentales

En el coloquio que la UNESCO organizó en 1970 sobre "los medios de información en un mundo de violencia", los participantes criticaban la selección y presentación de la actualidad realizada por los medios. Particularmente acusaban a la TV de dar una importancia exagerada a los acontecimientos de carácter violento y de darles un tratamiento con excesiva apelación a las reacciones emotivas del público (10).

El análisis más complexivo realizado hasta ahora sobre la violencia televisiva revela que la violencia es la materia prima de la dieta televisiva de todos los espectadores, incluidos los niños. Un monitoreo de la programación estadounidense durante trece años ha verificado que los niveles de violencia se han mantenido relativamente estables desde 1967 a 1979 con un 70 a 90 por ciento de programas con una dosis significativa de violencia (Gebner, 1980) (11).

Varios estudios venezolanos reflejan tendencias semejantes a las de la TV norteamericana, lo cual no es extraño debido a la dependencia global de nuestra programación y estilo respecto a la norteamericana, y particularmente de las noticias recibidas vía satélite a través de UPI-TN y CBS (E. Santoro, 1965; Marcano, Moncada, 1971; Montaña, 1977) (12).

Aunque los niños miran muy pocos programas informativos y documentales, lo cierto es que se acostumbra rápidamente a ver programas de adultos y que el control de estos sobre la selección es mínimo. De hecho el 40 por ciento del tiempo

que los niños dedican a al TV lo ocupan en ver programas de adultos (13).

Uno de los pocos análisis que desagrega los datos de los informativos en la programación venezolana confirma que su contenido es altamente violento en comparación con otros programas, pues se “resaltan hechos de violencia caracterizados por la utilización de armas de tipo bacteriológico, nucleares, fusiles, etc.” (14).

A pesar, pues, de la baja preferencia infantil por estos programas, podemos asegurar que tienen efectos acumulativos respecto al conjunto de la programación violenta, y que su impacto puede ser particularmente crítico en la etapa infantil en la que se comienzan a diferenciar los programas informativo-documentales de los de ficción, asumiendo a los primeros como absolutamente verdaderos y objetivos.

Si aun los adultos, sobre todo menos informados y bajo perfil educativo, varían en sus pensamientos y actitudes respecto a tópicos específicos inducidos por la TV es aun más probable que tales mensajes intensifiquen la visión violenta del mundo en los niños y motiven la necesidad de adiestrarse en respuestas agresivas para defenderse de su entorno.

La réplica clásica de los empresarios a este tipo de preocupaciones es muy conocida: “Dentro del contexto de libre expresión en que vivimos, nosotros damos al público lo que pide”. Nos preguntamos cómo puede saber el público lo que quiere si no se le ofrece ninguna decisión de elección. La TV, sobre todo comercial, ha impuesto unas reglas precisas de producción informativa, en las que la espectacularización de la violencia juega un papel relevante (15).

La *estructura* temática de los noticieros concentra actualmente una sobredosis de informaciones saturadas de violencia, agresividad y dolor. Catástrofes, guerras, delitos y accidentes, aludiendo a las amenazas para la vida cotidiana, tienen un gran poder atencional y su impacto alarmista es compensado con la experiencia de haber escapado con vida de un gran peligro.

Como explicaba Mc Luhan: “las malas noticias son indispensables para la propagación total de las buenas noticias, que forman la publicidad”.

Tal regla de atención posee una indudable eficacia psicológica, sobre todo, cuando está ligada a la *legitimación de la agresividad* primaria de los endogrupos (etnocentrismo, nacionalismo chauvinista, confrontación Este-Oeste...), que aplican una doble moral en la interpretación de la violencia.

Incluso la tendencia a presentar la mayor parte de las catástrofes y males fuera del entorno endogrupal refuerza la consolación interna a expensas del dolor exogrupal y mantiene la evasión de los propios problemas.

Los riesgos de esta regla de selección informativa van más allá de los riesgos que implica un chauvinismo a ultranza.

El *sensacionalismo mercantil* sobre las informaciones irrespeta las normas mínimas de la distinción entre la violencia en el dominio público y el dominio privado, y hace del dolor humano una veta de explotación intensiva con un tratamiento despiadado de la violencia, cuyos efectos de insensibilización aún han sido poco analizados.

El caso de las víctimas de los secuestros y ataques terroristas es una muestra de esta especulación con el dolor ajeno, sometido al doble juego de la utilización política y la manipulación mercantil (16). El mensaje implícito y metacomunicado de estas informaciones en que se instrumentaliza la vida humana para ofrecer un espectáculo ha de ser sin duda tan preocupante como la misma violencia representada.

Otro problema que desborda este análisis es el de la estigmatización de los delincuentes, sobre todo de la clase baja y de la minorías raciales, en los que a menudo se ensañan los medios y particularmente los entrevistadores de la TV.

Es muy probable que tales selecciones condicionen la *estructuración mental*

de los espectadores, especialmente infantiles, sobre la realidad. Es decir, que el mundo televisivo puede suplantar a largo plazo la construcción personal de la realidad en lo que respecta a las relaciones y conflictos sociales y a la connaturalidad del recurso a la violencia para resolverlos.

El citado estudio de Gebner y su equipo comprueba el papel de la televisión en la concepción y socialización para un mundo que no corresponde al entorno real de los televidentes. Sus resultados confirman anteriores hallazgos de que los teleadictos, en este caso norteamericanos, son más propensos al síndrome de temor sobre el entorno que los espectadores de baja exposición.

Puede aducirse que los programas e informaciones de horror (piénsese por ejemplo en la guerra de Viet-Nam) pueden tener el efecto beneficioso de inducir su evitación o motivar la protesta.

Sin embargo, esto supondría idénticas capacidades perceptivas en niños y adultos. A este respecto nos parece fundamental una aclaración de Robert Snyder, pediatra y siquiatra infantil de notable experiencia:

“En primer lugar, es necesario no exponer nunca a los menores de forma directa a las noticias del modo en que las presentan los periódicos y la televisión. Hay un abismo entre la técnica de las comunicaciones y las capacidades selectivas de los menores, al menos por debajo de los doce años. *Crear adultismo* en los menores es una ilusión que gratifica sólo a los educadores y a los padres, que se sienten así muy modernos. En cambio, desencadena en los menores olas de miedo. Ese miedo es más incontrolable cuanto más lo parezcan a los menores las condiciones del mundo exterior. Es típico en los menores el solicitar y el tener necesidad de protección; ello no significa enmascarar la vida, pero es necesario filtrarla. El *adultismo* es un grave peligro” (17).

El síndrome neurótico de la televisiosis o televisitis, tal como ha comprobado la Dra. Raquel Soiler, incluye entre sus características las intensas ansiedades persecutorias, que probablemente están vinculadas a los contenidos de violencia.

Aun en el caso de que estos efectos virtuales no alcancen a todos los niños, se impone, al menos, una advertencia social para mantener en alerta a los programadores, a los educadores y a los padres (18).

En una sociedad de signo permisivo se abre una tolerancia indiscriminada en el acceso a todo tipo de programas independientemente de las consecuencias en los públicos adultos o infantiles, normales o psicopáticos. Además la publicitación de todo tipo de lacras morales, particularmente de las más anómalas por su rareza informativa, va creando una situación de oscurecimiento de los valores éticos, en la que se induce una connaturalidad con relación a la violencia regresiva y se hace descender el nivel de reacción moral.

En efecto, la seudorealidad de la violencia en la TV puede operar en las primeras etapas de la infancia como realidad de la vida, y la incapacidad de los métodos científicos para verificar las consecuencias a largo plazo nunca será una razón suficiente para eludir las responsabilidades sociales que resguarden un sano entorno cultural en favor de las futuras generaciones.

1.2. La violencia en los programas de ficción

En general, tanto niños, como adolescentes y adultos prefieren la televisión para entretenimiento antes que para información (19). A excepción de la TV especializada para la educación, podemos decir que los públicos utilizan el aparato para divertirse en los tiempos de ocio.

Diversos estudios sobre la estructura y contenido de la programación arrojan resultados similares respecto a la prevalencia de los géneros ficcionales sobre los in-

formativos-documentales y otras modalidades, incluida la publicidad que engrasa el sistema.

Aunque la cantidad de violencia televisada es variable de país a país —así, por ejemplo, la TV sueca ofrece menos violencia que la estadounidense o británica—, sin embargo el rasgo típico para determinar la cantidad de incidentes violentos es la clase de programa, prescindiendo del país de origen (20).

Los *dibujos animados* han sido más violentos en todo el conjunto de programas analizados de varios países. Todos los dibujos animados británicos y el 98 por ciento de los dibujos animados americanos encerraban escenas de violencia. La hegemonía norteamericana en este género de programación ha sido absoluta hasta hace poco en Latinoamérica, y sólo recientemente se ha iniciado la competencia japonesa que suministra programas aún más violentos.

Nos parece importante destacar que junto al incremento de los contenidos violentos se ha desarrollado una estética expresiva de la violencia, caracterizada por una *planimetría trepidante*. El ritmo de planificación de series como “Mazinger Z” es de 3.5 segundos por plano, algo más de 17 planos por minuto. Esta aceleración sólo la alcanzaban los spot publicitarios y los videoclips de factura mucho más breve.

Esta característica, propia de la TV pero exacerbada ahora al extremo, ocasiona un estilo impulsivo de pensamiento, en lugar de un estilo reflexivo, así como una falta de persistencia en las tareas intelectuales. Los riesgos, por tanto, no sólo provienen del contenido en sí, sino de las modalidades expresivas asociadas a la representación (21).

Prácticamente todos los films o *series policíacas* de TV están también impregnados de violencia, hasta el punto de que incluso los defensores de la ley se muestran violentos sin que se produzca agresión contra ellos. La violencia, ejercida por ciudadanos honorables, detectives privados o defensores de la ley se convierte en procedimiento común para solucionar los conflictos.

En el estudio anteriormente mencionado Gebner comenta:

“Las personas fuera de la ley naturalmente eran autores de una mayor violencia. Pero alrededor de las nueve décimas partes de toda la violencia y por lo menos las tres cuartas partes de todos los asesinados no tenían relación ninguna con los delincuentes. El correspondiente procedimiento legal era señalado como consecuencia de importantes actos de violencia. Únicamente en dos de cada diez filmaciones de tema violento” (22).

Otros materiales de *ciencia ficción*, *terror*, *westerns* y *guerra* plantean, además cuotas semejantes de violencia, problemas de estereotipación de situaciones y personajes que favorecen siempre la agresividad endogrupal y etnocéntrica (terráqueos frente a especies interesaciales; humanos frente a zombies y seres de ultratumba; yanquis contra indios; aliados contra alemanes y japoneses; norteamericanos contra rusos, etc.).

La ruptura del esquema de la doble moral es absolutamente excepcional y cuando se rompe el programa corre el riesgo de ser tildado de antipatriótico o subversivo. El conflicto surge siempre del exgrupo y por tanto queda automáticamente justificado cualquier tipo de agresión contra el enemigo. El maniqueísmo moral del bien contra el mal, simplificado al máximo, favorece al endogrupo, como único representante legítimo de los valores humanos. Desde “Misión Imposible” hasta “Rambo” y “Rocky” encontramos la misma mixtificación ideológica de los intereses del grupo.

No deja de ser también sintomática la naturaleza de la violencia de las producciones telefilmicas norteamericanas, que a diferencia de otras como la soviética,

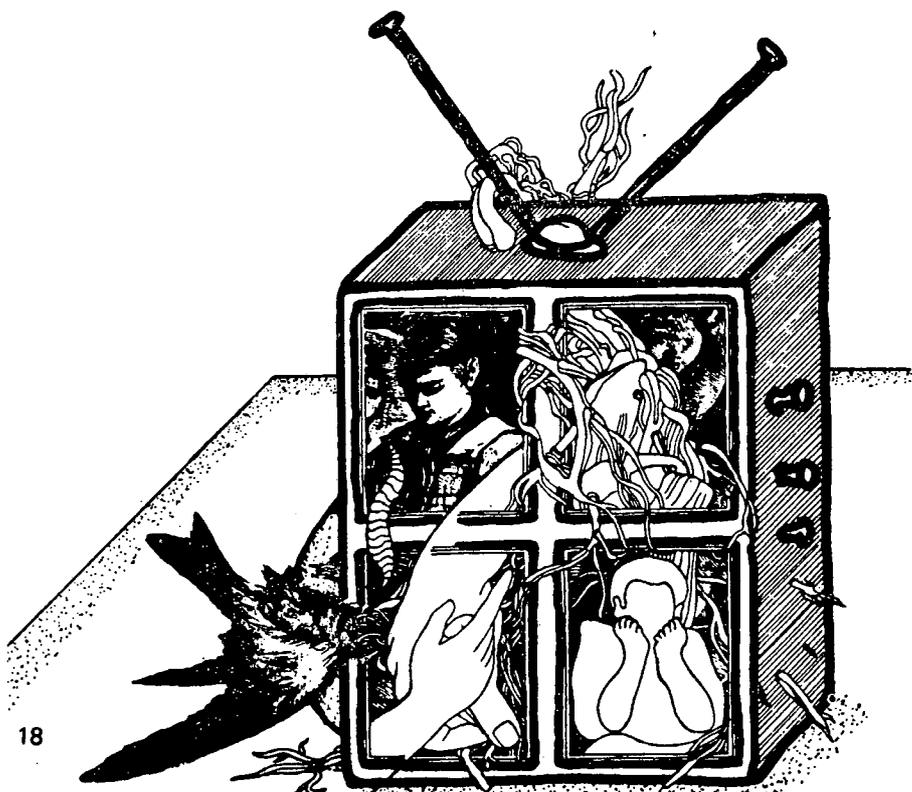
es empleada más para el éxito individual que para el logro de objetivos sociales o estatales (23).

Supuesto que la mayor parte de la programación de ficción en la TV venezolana es de origen norteamericano, pueden considerarse como válidas las observaciones antedichas, aunque con la agravante de que las posibles identificaciones se realizan con intereses y valores foráneos (24).

La citada investigación de Santoro en una semana de noviembre de 1965 comprueba: "El 37 por ciento de los programas fueron dedicados a aventuras, violencia, guerra, policíacos, oeste, etc. Sólo el 0.6 por ciento corresponde a programas culturales y el 0,2 por ciento a educativos (jardín de infancia y sexto grado por televisión). Los programas infantiles ocupan un alto porcentaje pero no están exentos de violencia; basta observar los programas de dibujos animados para comprobarlo". Entre las preferencias señaladas el 55 por ciento de los niños mencionaban las comiquitas, el 20 por ciento películas de guerra y otro 20 por ciento las de misterio.

Otro estudio de Marcano y Moncada sobre el "Contenido de violencia en el mensaje televisivo dirigido a la infancia venezolana" detecta un incremento de programas violentos. Encuentran, cinco años después, un 68 por ciento de programas con contenidos significativos de violencia en la semana analizada, y tal tipo de programación alcanzaba hasta el 83 por ciento y el 76 por ciento los días sábado y domingo.

Ulteriores investigaciones, como el mencionado de S.J. Montaña en 1977, confirman la variabilidad del grado de violencia según el género del programa, concentrándose los índices más altos en los informativos y en los dibujos animados.



En el marco de la programación venezolana de TV. merecen una atención especial las *telenovelas* por su ubicación en los horarios estelares de máxima sintonía. De hecho las telenovelas a primera hora de la tarde son accesibles a los niños, y el escaso control familiar sobre la elección de los programas pone también a su alcance las telenovelas del atardecer y aun de la noche.

El estudio dirigido por Martha Colomina de Rivera señalaba en 1968 que un 66 por ciento de jóvenes-adolescentes tienen preferencia por las telenovelas (25). Otro estudio posterior, realizado en Caracas revela el interés de las jóvenes adolescentes, particularmente con problemas de conducta, por estos programas, antecediendo a programas policíacos, de misterio y musicales (26).

Pocas veces se cuestiona el grado de violencia de las telenovelas. A lo sumo se critican los cuadros de degradación familiar que exponen. Así la evaluación de contenidos realizada por Montaña califica a las telenovelas de "parcialmente violentos", ya que los medios de agresión se manifiestan por "la utilización de armas tales como: pistolas, cuchillos, etc., o por el tipo de lucha cuerpo a cuerpo que se producen en el mismo" (27).

Ahora bien la elaboración de índices de violencia por el tipo de instrumento utilizado no parece según algunos expertos el criterio más relevante para analizar el impacto sobre la agresividad.

La violencia verbal, por ejemplo, puede atemorizar a los niños menores más que la brutalidad física o la utilización de los rayos laser, porque tiene lugar dentro de un cuadro que les es familiar. Y, por otra parte, puede ser más peligrosa la presentación de formas de violencia más fácilmente imitables y con medios más accesibles como ocurre en el caso de las telenovelas o programas de la misma índole (28).

Las apreciaciones de los científicos, en su mayor parte están de acuerdo en que los efectos de la violencia presentada en la ficción —más aún que en las noticias de actualidad— son probablemente mucho más graves a largo plazo, aunque sean difíciles de medir.

Su riesgo fundamental es el de la aceptación tácita e incluso la aprobación de los mecanismos violentos como solución más común de los conflictos, creando una mentalidad generatriz de violencia. El problema fundamental no es qué armas o lesiones se infieren, sino cómo se resuelven los conflictos de xenofobia, segregación racial, competencia por la vida, división de clases, machismo intersexual, infidelidades conyugales, etc. en la programación cotidiana, que refleja la vida.

La percepción exagerada de la violencia —real o imaginaria— se vuelve indistinta "ya que el aquí y ahora del proceder documental se convierte en el campo de la ficción en un 'hic et nunc' de validez general, en un 'en algún lugar y tiempo' o bien 'en todas partes' y siempre" (29).

Además la consigna metocomunicada para la vida es evidente y reiterativa: "puesto que hay tanta violencia alrededor, la autodefensa es la única solución". Este proceder es obviamente más grave en las primeras etapas de la infancia, ya que según las escalas de desarrollo de la inteligencia de Piaget, en la fase del pensamiento prelógico-simbólico, el niño construye un mundo real con su fantasía, y sólo posteriormente por la familiarización con la realidad de ficción está en situación de diferenciar entre el mundo real y el imaginario.

Pero ¿hasta qué punto este bombardeo de programas informativos y de ficción, cargados de violencia, surte los efectos virtualmente inscritos en los mensajes? ¿Qué comprobaciones existen?

SEGUNDA PARTE: HACIA UN INVENTARIO DE EFECTOS

Al hacer el recorrido sobre los mensajes informativos y de ficción, hemos mantenido sólo con carácter hipotético los posibles efectos que ahora pasamos a analizar.

Tratando de inventariar los resultados de las investigaciones científicas, nos encontramos con una *triple dificultad*: en primer lugar en el estado actual de las investigaciones de efectos existen muchas dudas sobre el grado de incidencia y el tipo de efectos a corto y largo plazo, debido a dificultades metodológicas (30); en segundo lugar se presentan sesgos evidentes en los resultados obtenidos por las investigaciones académicas o institucionales, orientadas al mejoramiento social de los medios y las conclusiones de estudios, en su mayoría de las empresas privadas comerciales, que o bien cuestionan los otros resultados o bien legitiman su acción actual (31); por fin, la mayor parte de las investigaciones proceden de los Estados Unidos, por lo que hay que estar conscientes de los riesgos de las extrapolaciones a otras culturas (32).

Sin embargo, es evidente que pese a las dificultades para llegar a conclusiones firmes por la permanente autocrítica de la ciencia, tanto empresarios, investigadores y comunicadores como públicos, creen con cierto fundamento experiencial que los medios tienen consecuencias significativas. Unos padres, por ejemplo, no necesitan de investigaciones científicas para cerciorarse de que determinada película de terror fue la provocante de las pesadillas nocturnas de su hijo, y otro tanto cabe decir de las observaciones de educadores, orientadores etc, que tienen un trato frecuente con los niños.

Por eso, aunque los científicos sociales no lleguen a verificaciones irrefutables, ello no significa que no existan riesgos probables que convendría evitar. Más aún se considera prácticamente imposible llegar a determinar científicamente la totalidad de variables que puedan intervenir en tales procesos, por lo que siempre habrá razones para atenuar determinados resultados (33).

Por fin, sin el simplismo de creer que los mensajes violentos de la TV general la violencia de la vida, o que el mensaje televisivo es suficiente para crear conductas delictivas, veamos en qué sentido y con qué probabilidad pueden incidir tales programas en la vida infantil.

En esta segunda parte nos referiremos a los distintos métodos utilizados en la investigación de efectos con sus resultados parciales, y dejaremos para una tercera parte las conclusiones sobre los factores que pueden intervenir en el incremento o reforzamiento de las conductas agresivas o violentas.

Hay que tener en cuenta que, en general, han sido aplicados más estudios experimentales a los niños, y más estudios correlacionales a los jóvenes, lo que dificulta las comparaciones a través de las edades. Ello implica también que los resultados referidos a los niños, adolecerán de las ventajas y limitaciones típicas de la investigación experimental, como son la reducción del análisis a efectos de corto plazo y a contextos artificiales.

Hemos preferido recorrer los resultados de investigaciones efectuadas a partir de 1970, ya que otros estudios anteriores han sido ampliamente reseñados en Venezuela por Carlos Muñoz en el estudio "Televisión, Violencia y Agresión" (1974).

2.1. Estudios experimentales

En la década del 70 el debate sobre los efectos agresivos ha seguido en pie. Dejando ya a un lado un conjunto de comprobaciones sobre los temores, pesadillas y desvelos nocturnos producidos por los programas violentos, la atención volvió a centrarse en los problemas de la agresividad y su aprendizaje social (34).

A los resultados obtenidos por Bandura (1962, 1973) y Berkowitz (1963, 1966, 1973) sobre el incremento de la agresividad en los observadores expuestos a mensajes violentos, se les objetaba que tales estimulaciones no eran típicas de la programación televisada y que las medidas de la agresión (vgr. ataques a un muñeco de plástico etc.) no eran representativas de una seria agresión interpersonal.

Tratando de superar estas limitaciones, Liebert y Baron (1972) expusieron a unos niños a un programa típico de TV como "Los intocables", y en una siguiente visión los colocaron ante un panel con botones de control desde el que podían facilitar o romper el juego de la víctima ostensible en el salón adjunto. El primer hallazgo fue que los niños sometidos al programa presionaron antes y por más tiempo el mando de agresión que sus pares de control expuestos a un programa neutral. Además cuando los niños estimulados fueron observados en tiempo libre posterior, exhibieron una preferencia mayor para jugar con armas y juguetes agresivos.

En vista de que pudiera haber otros factores intervinientes como "atención selectiva" y el "discernimiento perceptual" (perceptual screening), Ekman y el mismo Liebert (1972) trataron de analizar con el mismo grupo las relaciones entre las respuestas emocionales en la visión televisada y las subsiguientes respuestas agresivas. Comprobaron que los niños, cuyos rostros reflejaban emociones positivas de placer, interés o involucimiento, tenían más a herir a otros niños, que aquellos que mostraban desinterés o desagrado ante los contenidos violentos.

Los resultados de la exposición, no ya a programas o seriales de ficción, sino a dibujos animados, coinciden con los anteriormente expuestos. Es decir que la transcodificación de la violencia en iconos menos realistas, no cambia la orientación del efecto (Ellis & Sekyra, 1972; Ross, 1972).

Un estudio australiano (Murray, Hayes & Smith, 1978) que expuso a dos grupos de preescolar a un programa de dibujos animados contentivos de violencia y a "Sesame Street" respectivamente, halló que los contenidos violentos estimulaban la conducta agresiva de los primeros, aunque la agresividad espontánea de los individuos en los juegos era un predictor mejor de la agresión que la visión de los programas.

En la misma línea de analizar otros factores intervinientes, una investigación realizada en Suecia por Linné (1971) comparó a niños entre 5 a 6 años, que habían visto en un 75 por ciento o más el agresivo programa americano "El Gran Chapparal" con otros que habían visto menos del 50 por ciento de la serie.

Encontró que los niños altamente expuestos eran más inclinados a resolver agresivamente las situaciones conflictivas, aunque en la exposición diferencial intervenían otros factores contextuales como los hábitos de uso de la TV en la familia y las relaciones intrafamiliares. Así, por ejemplo, los niños que veían "El Gran Chapparal" se iban a acostar inmediatamente, mientras los del grupo de control estaban más tiempo antes de irse a la cama.

Esto plantea que, si bien los programas violentos pueden estimular predisposiciones existentes, convergen otros factores provenientes de rasgos caracteriológicos o de las situaciones familiares, escolares o ambientales en el efecto total.

En Venezuela apenas se han realizado estudios experimentales. Cuatro años después del estudio del venezolano E. Santoro (1969), Carlos Muñoz (1973) verificó el incremento de la conducta agresiva como resultado de la observación de un programa violento de TV por niños de 9 a 11 años, si bien no pudo establecer claramente el rol de la frustración-premio.

2.2. Estudios de correlación

Hace quince años el investigador británico James Halloran afirmaba que no existe correlación entre el consumo de TV y el aumento de la violencia y que sus raíces había que buscarlas en las frustraciones que producen las desigualdades y los malos tratos sociales (35). Fuera ya de las condiciones experimentales ¿se ha podido clarificar algo más el papel de la TV como factor contribuyente de las conductas desviadas en investigaciones ulteriores?

Revisemos algunos estudios, que en su mayor parte se han concentrado entre niños mayores y adolescentes.

Furu reporta que los niños japoneses de conflictividad y agresividad altas son mucho más propensos a la preferencia por los héroes agresivos de la TV (Furu, 1962, 1971). Lo que de alguna manera ratifica que la preferencia por contenidos agresivos está asociada con la conducta y actitudes agresivas.

Sin embargo este patrón de mayor agresividad en los niños con alta exposición televisiva, comprobado por Scram, Lyle, Parker (1961), Chaffee (1972), Chaffee y Mc Lerd (1972), ha sido expuesto a nuevas replicaciones separando el factor preferencia por los programas violentos del índice de visión, y se ha demostrado que si bien la preferencia está relacionada con la visión, no lo está tan fuertemente con la agresión (Mc. Intyre & Teevan, 1972).

Dominick y Greenberg (1972), Robinson y Bachman (1972) y más recientemente Greenberg y Atkin (1977) vuelven a convalidar la correlación existente entre la visión de programas violentos y la conducta agresiva, aunque la relación entre la conducta agresiva y la preferencia por la violencia televisada es menos clara. En su último estudio reportan que un 45 por ciento de niños mayores de 9 y 13 años, expuestos a alta violencia, dieron respuestas agresivas en comparación con un 21 por ciento de los espectadores de baja violencia.

Ante el cuestionamiento de los estudios experimentales, restringidos a reactivos de violencia en situaciones no isomórficas con las de la realidad, y ante la acumulación de críticas a los estudios correlacionales de bajo poder para elucidar la relación de causa-efecto, se han intentado *otras estrategias*.

Lefkowitz y sus colegas Eron, Huesmann y Walder (1972, 1973) utilizaron el diseño de panel-cruzado (cross-lagged-panel) para comparar dos grupos, expuestos a diversas medidas de violencia de varios medios, durante la primera infancia y diez años después en la adolescencia.

Observan que la preferencia de la televisión violenta a los 8 años está significativamente relacionada con la agresión en la misma edad ($r = .21$), pero la preferencia por la televisión violenta a los 18 no está relacionada con agresión a los 18 ($r = .05$). Ahora bien, resultan altamente significativas la relación entre la preferencia por la TV violenta a los 7 años y la agresión a los 18 ($r = .31$), así como la agresividad a los 8 y a los 18 ($r = .38$).

Por ello concluyen que la hipótesis causal más probable es la de que la preferencia por la televisión violenta en la infancia produce más agresión, y sin negar la influencia de otras posibles variables es, al menos, uno de los factores de la producción y mantenimiento de la conducta agresiva en los muchachos.

Otra investigación de correlación causal, llevado por Belson en Inglaterra, a petición de la Columbia Broadcasting System, (Belson, 1978), trató de averiguar también la relación entre la exposición de largo término a la violencia televisada y la conducta violenta de los muchachos entre 12 y 17 años, residentes en Londres. La programación abarcaba el período 1959 a 1971, y la muestra total de personas entrevistadas en el principal estudio alcanzaba a 1.565. A través de varias entrevistas se siguió la exposición diferencial en diversas etapas y a distintos tipos de violencia (realística, ficcional, de dibujos animados, etc.) de cada muchacho, y asimismo se

observó la naturaleza de la violencia en la que se vieron envueltos en los seis meses subsiguientes. El 50 por ciento de los muchachos no estuvo envuelto en un acto violento durante el semestre señalado. Un 12 por ciento participó en diez o más actos de violencia. Los muchachos de más alta exposición a la TV violenta estuvieron más envueltos en serios actos de violencia.

Por fin constató que la violencia interpersonal es seriamente incrementada por una larga exposición a: a) dramas o filmes con agresión verbal o física, b) programas de violencia desplegada por propio interés o sin relación con el tema, c) programas tanto de violencia realista como de ficción, d) programas en que la violencia responde a una causa noble, e) programas violentos del oeste.

Pero, como en otras investigaciones anteriores, Belson vuelve a insistir que tal relación puede ser debida también en parte al hecho de que los muchachos violentos tienden a ver programas más violentos.

Los estudios de correlación llevados a cabo en Venezuela por Ma. J. Ferrenza, F. García y M. Mendoza (1975) respecto a las adolescentes delincuentes de un retén caraqueño, y por S. Javier Montaña con jóvenes Cumaneses de un barrio (1977), corroboraron por una parte la preferencia de las delincuentes por contenidos violentos y por otra parte la imitación de tales conductas agresivas entre los jóvenes de menor nivel de educación.

2.3. Experimentos de campo

La otra estrategia para investigar los efectos preservando los factores ambientales ha sido la de experimentos de niños y jóvenes en entornos relativamente naturales como la escuela, los sitios de recreación o el barrio.

Tratando de medir los posibles efectos de la exposición acumulativa de contenidos violentos, Sterner, Appelfield y Smith (1971) compararon dos grupos de diez niños del preescolar, sometidos a programación de dibujos animados y neutros respectivamente a lo largo de diez días en sus casas. El período de exposición se prolongó durante otros once días y se cotejaron las variaciones entre las dos etapas.

A pesar del breve período del experimento se comprobó que la diferencia de agresividad entre el grupo experimental y el de control que acrecentándose en respuestas agresivas como efecto de la visión acumulativa de violencia.

En otro experimento americano de Stein y Friedrich (1972, 1973), aplicada a 97 niños de preescolar con una triple programación antisocial (12 episodios de Batman, Superman), prosocial (12 episodios de Mister Roger's Neighborhood) y neutral (12 programas variados), los niños fueron observados en tres fases: una inspección previa de tres semanas, cuatro de televisión y dos de seguimiento. Las observaciones grabadas en el entorno natural de los niños mostraron que los niños considerados inicialmente algo más agresivos llegaron a mostrarse significativamente más violentos después de la visión de Batman y Superman, sea discutiendo, empujando, rompiendo juguetes. Y, a su vez, los niños que vieron la serie prosocial se mostraron más cooperativos y deseosos de compartir los juguetes y demorar la gratificación.

La experiencia canadiense de Joy, Kimball y Zabrack (1977) reviste particular interés por tratarse de la comparación de niños de tres localidades con y sin televisión: Notel, Unitel y Multitel. En Notel se introdujo la televisión dos años después para volver a medir las diferencias. Los resultados del estudio longitudinal de 44 niños correspondientes a cuatro grados, observados en el primer y segundo lapso indicaron que no había diferencias en la primera fase, pero en la segunda los niños de Notel eran física y verbalmente mucho más agresivos que sus pares. Aunque las

variaciones en agresividad fueron incrementándose más en los niños que en las niñas, el cambio significativo de los niños de Notel respecto a los de las otras localidades, a juicio de los autores, habría que buscarlo más en el factor de novedad más que en la visión acumulativa de programas.

Dejando otras experiencias con resultados similares: Tannenbaum, Zillman (1975, Murray y Kippax (1978), Mc Cabe y Moriarity (1977), vamos a referirnos a uno de los pocos estudios de cruce cultural, llevado a cabo en Estados Unidos y Bélgica. A través de tres estudios de campo, Parke, Bekowitz, Leyens y Sebastin, en 1977 evaluaron la influencia de la violencia filmada en la conducta agresiva de adolescentes delincuentes, que vivían en cabañas grupales de instituciones con un mínimo de seguridad.

En el primero, realizado en Estados Unidos, compararon muestras de adolescentes expuestos a filmes violentos y neutrales, dosificando un film semanal. Los resultados de este primer estudio indicaron que los adolescentes expuestos a los mensajes agresivos aumentaron en agresividad respecto a sí mismo, a las personas y a los objetos.

En el segundo se compararon dos pares de grupos, un par sometido a cinco sesiones intensas de filmes agresivos o neutrales, y otro par expuesto a una sesión agresiva o neutral. La dosificación intensiva de las sesiones fue un factor significativo del incremento de agresividad.

El tercer estudio, basado en el mismo diseño, se aplicó como replicación en Bélgica, y los resultados indicaron que solamente los dos grupos inicialmente agresivos fueron afectados por los filmes; y mientras los muchachos que vieron las películas de violencia incrementaron su nivel de agresión, aquellos que fueron expuestos a los neutrales lo redujeron.

Hay, pues, evidencias de que, aun en diversas culturas, factores predisposicionales agresivos, mediados por la visión de determinados filmes pueden catalizar un aumento de agresividad o inversamente reducirla.

2.4. La discusión sobre la catarsis

En oposición a un conjunto de resultados congruentes, al menos antes de 1971, Feshbach y Singer pretendieron comprobar que la visión de contenidos agresivos en TV no sólo no produce aumento de conducta agresiva sino que incluso la reduce gracias a la descarga de las experiencias vicarias de violencia.

Su investigación que, en un primer momento conmocionó, ha sido seriamente cuestionada por razones metodológicas y, aunque han tratado de rebatirlas, permanecen serias dudas. No fueron claramente establecidos los controles de observación por parte del personal institucional que no estaba entrenado, y además el grupo de control, presuntamente expuesto a programas neutrales, llegaba a ver el programa ordinario de Batman, uno de los dibujos animados más agresivos de la televisión.

Por otra parte, aún no está bien delimitada la noción de catarsis en su aplicación a los medios masivos, tal y como ha sido formulada en el psicoanálisis o las teorías dinámicas de la personalidad, ni tampoco cuadra con los resultados de los otros estudios.

Incluso un estudio de replicación de los mismos autores Feshbach y Singer (1973) no logró demostrar la existencia del efecto catártico, y más recientemente sus mismos proponentes han rechazado su aplicación en la influencia de la violencia televisiva (1980).

La interpretación más plausible según el resultado conjunto de las investigaciones sería que en la mayor parte de las circunstancias la mayoría de los niños, ex-

puestos a mensajes de violencia incrementan sus sentimientos, actitudes y conductas agresivas, aunque excepcionalmente algún que otro niño descargue su agresividad.

En todo caso, aun en la hipótesis poco probable de la catarsis, quedan en pie los resultados del aprendizaje de las conductas violentas y de los mecanismos de agresión, tal como han sido comprobados reiteradamente en varios estudios (Bandura, Ross y Ross, 1960, 1967).

La posible descarga temporal de la agresividad ni siquiera neutraliza la disposición a ser agresivo, y la observación acumulativa de violencia aumenta la probabilidad de la imitación y de la respuesta violenta en el futuro.

Como hemos podido comprobar, apenas contamos con investigaciones venezolanas de tipo experimental y de campo para evaluar la relación entre violencia-televisión, y televisión-violencia en nuestra sociedad. Pero hasta el presente las investigaciones efectuadas no contradicen los resultados expuestos por la mayoría de las investigaciones foráneas.

Podemos preguntarnos: ¿No habrá tanta o mayor inducción hacia la violencia que en Estados Unidos de cuya programación televisiva se nutre principalmente nuestra televisión? ¿Acaso se ha de esperar menos violencia de nuestras propias producciones, que reflejan una realidad con mayores desequilibrios económicos y sociales? ¿Nuestros niños tendrán mayores defensas, que los de los países desarrollados, cuando sabemos, al contrario, que los niños de inferior nivel educativo son más afectados?

2.5. Una acotación crítica

Como punto crítico final respecto a las investigaciones efectuadas hasta el presente queremos señalar la fragmentación arbitraria de las unidades de análisis de los mensajes violentos por ventajas metodológicas.

Apenas existen estudios de contenido cuyas categorías consideren estructuralmente la violencia. El número de armas, golpes, muertes, asesinatos, secuestros, suicidios etc. no nos revela la cualidad del tipo de violencia, pues ésta es una acción inserta en una situación de conflicto, que se ejerce contra alguien (persona o grupo), que se sirve de diversos medios coactivos (instrumentos o técnicas) y, que conlleva diversas consecuencias fallidas o efectivas, a menudo destructoras (sometimiento, intimidación, lesión física o moral, y aun aniquilamiento).

Aunque el niño no capte inicialmente códigos antropológicos e ideológicos más complejos, comienza precisamente su aprendizaje gradual y su lectura articulada.

Fuera de esta concepción estructural e historizada toda disertación sobre contenidos y efectos queda básicamente reducida al problema de los impactos inmediatistas a los reactivos. La mayor parte de las investigaciones experimentales manejan los estímulos violentos como variables sin contexto o como producto de predisposiciones psicológicas también sin su circunstancia, como si pudieran interactuar independientemente de las mediaciones sociales.

Más aún, tales investigaciones, sobre todo las de laboratorio, eliminan de las condiciones experimentales los dos factores decisivos de los medios masivos: la *omnipresencia multicanal* y la *acumulación periódica* de mensajes direccionales (36).

Por eso, a nuestro juicio, quedan aún por explorarse fenómenos aún más relevantes de la violencia contenida en los medios como son las legitimaciones e ilegitimaciones de la violencia factual de la vida; las frustraciones, estimuladoras de violencia por las contradicciones entre las metas de éxito divulgadas por los medios masivos y las posibilidades sociales de alcanzar dichas metas; los procesos de desestructuración de la personalidad infantil en las familias difusas y de la personalidad

fronteriza ("bordeline") entre los adolescentes (37); la estereotipación sistemática de conflictos ritualizados contra las minorías étnicas (negros, indios...), contra grupos divergentes (políticos, religiosos...) o marginales (malandros, mendigos, lumpen...); la estigmatización, y, lumpen...); la estigmatización, y, a menudo demonización de los exogrupos como enemigos mortales y socavadores del sistema (rojos, fascistas, burgueses, subversivos, contrarrevolucionarios...).

Hasta ahora apenas sabemos que el mundo televisivo suple las insuficiencias de la construcción de la realidad, sobre todo, cuando no se tienen experiencias de primera mano (Noble, 1975) (Faulkner, 1975); que forja los estereotipos raciales (Hartmann, Husband, 1972); o que configura las agendas de opinión (Mc Combs, Shaw, 1972); y que alimenta el síndrome de sordidez del mundo (Gebner, Gross, Morgan, Signorelli, 1980).

Es probable que los resultados acumulativos de nuevas investigaciones sobre la incidencia de la TV en las representaciones estructurales de la realidad y en concreto de la violencia nos arrojen más luz sobre los verdaderos factores que refuerzan la violencia social, radicada en las desigualdades estructurales en el reparto de los excedentes y en el ejercicio del poder, a nivel de las microsociedades y de las relaciones internacionales (38).

Estas modelizaciones inducidas en el aprendizaje social, todavía poco analizadas, son los que deben ir ocupando el interés de los científicos sociales de nuestros jóvenes países, que aún están por consolidar su personalidad cultural de base y que gozan de una gran plasticidad por sus grandes contingentes de población infantil y juvenil (39).

Entonces la preocupación central sobre la violencia no versará sobre la cantidad de programas de contenido violento transmitidos y su posible impacto, sino sobre el papel de la TV para enseñar a humanizar el conflicto, propiciando la tendencia civilizadora a no aceptar las estrategias de violencia para su solución como: el uso indiscriminado de la fuerza, la dominación arbitraria del fuerte sobre el débil, la agudización sistemática y deliberada de las diferencias, la explotación sensacionalista del dolor de las personas y los grupos, el proselitismo apoyado en la calumnia, en la mentira o en la simplificación, y otros medios que incluyen formas de opresión distintas de las que se quieren combatir pero igualmente rechazables.

TERCERA PARTE: FACTORES DE INFLUENCIABILIDAD

Hecha la salvedad de que la TV es tan sólo una variante interviniente entre otras muchas más de la violencia social, cuyas raíces hay que descubrir en la misma estructura social, en las situaciones de conflicto y en las predisposiciones personales, a continuación exponemos un conjunto de factores, detectados por las investigaciones científicas, que contribuyen a potenciar la influencia de la violencia representada en TV.

Debido a las numerosas variables que interactúan en los perceptores infantiles y por razones de claridad, hemos tratado de distribuirlas atendiendo a cuatro rubros: las características de los mensajes violentos; los rasgos y predisposiciones de los perceptores; las condiciones de recepción de tales mensajes; los tipos diferenciales de respuesta postcomunicacional.

Solamente exponemos aquellas conclusiones, comunmente aceptadas en el estado actual de las investigaciones y que no están sometidas a discusión, aunque siempre serán posibles nuevas replicaciones con métodos cada vez más confiables.

3.1. Características de los mensajes violentos

a) El modelo adulto agresivo que cosecha éxitos en los filmes violentos es casi siempre objeto de imitación por la mayoría de los niños, independientemente del carácter moral o social de sus acciones.

b) Si las acciones violentas que se presentan tienen éxito, aunque no estén socialmente aceptadas, se vuelven dignas de imitar especialmente por los niños y adolescentes.

c) El posible impacto de la violencia documental o ficcional es indistinto cuando se trata de niños menores, que aún no deslindan realidad de ficción. (Posteriormente sólo definen como ficción a los dibujos animados).

d) El hecho de que el villano de un film no reciba su castigo o que el niño no lo perciba, produce un aumento de las conductas agresivas en los niños normales.

e) La recompensa inmediata influye más en la conducta del niño que el castigo demorado hasta el último episodio. Por lo que el efecto inhibitorio del castigo en el último episodio, aun viéndose la conexión causal, es mínimo.

f) La agresión con armas blancas (cuchillos, tijeras, dagas, espadas...) hiera más la sensibilidad que el uso de otras armas, como los revólveres y los fusiles.

g) La presentación dosificada de ciertos tipos de violencia (vgr. consecuencias de una guerra) puede tener efectos beneficiosos, ya que señalan sus peligros.

h) La saturación verbal y física de contenidos violentos favorece el incremento de los contenidos agresivos necesarios para sostener el interés de los niños.

i) La violencia incluso verbal en situaciones más reconocibles para los niños afecta más profundamente que la violencia física en contextos extraños.

j) La utilización formal de primeros planos, detalles horribles, sonorización trepidante, ritmo vertiginoso de las acciones violentas, acrecientan el miedo y aun terror de los niños, que puede traducirse en fatiga nerviosa, pesadilla, insomnio.

k) La popularidad de los programas violentos reside más probablemente en la acción y dinamismo, más que en la violencia en sí.

3.2. Rasgos y predisposiciones de los perceptores

a) Los niños varones prefieren los programas violentos de TV en mayor medida que los adolescentes y mujeres de cualquier edad.

b) El grupo etario que ve más programas agresivos de TV es el de los niños varones de 12 a 16 años de edad.

c) Los niños marginales y de bajo nivel educativo están más predisuestos a adoptar modelos de conducta violentos, imitados de la TV, que los niños de clase media y alta con superior nivel educativo.

d) El consumo de TV en los adolescente aumenta a medida que crecen los problemas emocionales, familiares o sociales.

e) En los niños psicópatas, los filmes agresivos parecen actuar como estimulantes y desencadenantes de sus tendencias psicopáticas, tanto por su mayor sensibilidad como por su mayor exposición a programas violentos.

f) La mayoría de los adolescentes piensan que el contenido de los programas comunes de TV es verdadero y que el medio es muy confiable.

g) En la disposición de apertura al conocimiento de la realidad, que no se tiene de primera mano, ningún niño y casi ningún adolescente adopta una actitud crítica frente al contenido de los programas.

3.3. Condiciones de recepción

a) La mayoría de los niños normales que ven TV en condiciones ambientales

comunes, aumentan sus respuestas agresivas luego de ver filmes violentos.

b) El 40 por ciento del tiempo que los niños de primer grado dedican a la TV lo ocupan en ver programas de adultos; y sólo un 25 por ciento de los niños en edad escolar manifiesta que sus padres ejercen algún control sobre el contenido y el tiempo de exposición.

c) El grupo de amigos y compañeros en el caso de los niños es el factor más condicionante de las interpretaciones de los programas televisivos.

d) Los ambientes oscuros, poco familiares o que les producen desconfianza y temor, los afectan más profundamente cuando ven una serie televisiva, sobre todo de terror.

e) La presencia de los familiares en la recepción debilita la intensidad del impacto inmediato.

f) Cuando los niños ven programas de TV, impuestos por la elección de los padres, reducen inconscientemente su predisposición a aprender algo del mismo.

g) La desaprobación familiar o grupal de conductas violentas en los programas facilita el rechazo de la posible imitación.

3.4. Tipos diferenciales de respuesta

a) El 75 por ciento de los niños normales menores de 12 años representa en sus juegos y comportamientos cotidianos las historias violentas que han visto en TV e imita los personajes principales.

b) En los niños normales los contenidos violentos no producen necesariamente reacciones violentas, pero respecto al aprendizaje, el niño ha visto y en casi todos los casos ha retenido entre un 60 a 80 por ciento las formas de ejercer la violencia.

c) Los contenidos de violencia no sólo promueven respuestas violentas en los niños con predisposiciones agresivas, sino que conforman el tipo de conducta agresiva a imitar como solución habitual de los conflictos.

d) Es mayor la peligrosidad de aquellas programas que presentan modelos de agresión imitables con técnicas e instrumentos accesibles a los niños.

e) Los niños marginales tienen más probabilidad de incrementar, como efecto secundario, la agresividad proveniente de no poder acceder al mundo representado en la TV.

f) Es probable que la saturación de programas violentos insensibilice y brutalice a largo plazo, no sólo respecto a nuevos programas de violencia, sino respecto a la violencia factual.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS Y DOCUMENTALES

1. La exposición a la TV ha ido aumentando en Venezuela en estos últimos años. Desde los primeros estudios (FIPAN, 1966) (L. Barrios, 1974) que señalan dos horas y media de exposición de los niños hasta estudios posteriores que verifican hasta cuatro horas entre los niños urbanos (R. Blanco, M. González, 1975). En Estados Unidos un joven de 18 años ha presenciado como promedio 18 mil muertes violentas, mientras su escolarización no alcanza 11 mil horas.
2. Santoro, Eduardo: "La televisión venezolana y la formación de estereotipos en el niño", Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1969. Respecto al desarrollo de las investigaciones comunicacionales sobre el niño en Venezuela véase: "Evolución de las investigaciones sobre el niño y los medios de comunicación en Venezuela", Jesús Ma. Aguirre, COMUNICACION, n. 21, Caracas, 1979, pp. 65-95.

3. Véase en la revista "Resumen", 23, junio, 1974, núm. 33.
4. Uno de los estudios centrales fue presentado por Carlos Muñoz, "Televisión, Violencia y Agresión", Caracas, UCV, 1974.
5. Arenas, Pedro José: "La televisión y nuestra conducta cotidiana. Sus efectos sobre niños, adolescentes y adultos", Ed. Cuarto Mundo, Bs. As. 1975.
6. "El Nacional", 15, mayo, 1982.
7. Bandura, Albert: "Teoría de la agresión en el aprendizaje social".
8. UNESCO: "Les moyens d'information dans un monde de violence", Etudes et documents d'information, UNESCO, n. 63, Paris, 1971, COM/71, XVII/63 F). El enfoque conductista sobre la agresión pretende eliminar de la definición la dimensión intencional para reducirla a una "reacción que aporta estímulos nocivos a otro organismo"; véase en "La TV y los niños", R.M. Liebert, J.M. Neale, E.S. Davidson, Ed. Fontánella, Barcelona, 1976, pp. 104 ss.
9. Aguirre, Jesús Ma.: "El sensacionalismo en su doble vertiente, violencia y lubricidad", en COMUNICACION, n. 8, Caracas, 1976, pp. 142-32.
10. UNESCO, op. cit. "Les moyens d'information..."
11. Gébner, G., Gross, L., Morgan, M., Signorelli, N.: "The mainstreaming of America, Violence profile", N. 11, Journal of Communication, 1980, 30(1), 37-47.
12. E. Santoro, op. cit.; Marcano y Moncada: "Contenido de violencia en el mensaje televisivo dirigido a la infancia venezolana". Tesis de grado. Esc. de Sociología, UCV., Caracas 1971; Montaña, Saberio Javier: "La televisión y sus efectos en la imitación de personajes violentos por parte de los jóvenes de El Salado, barrio de la ciudad de Cumaná", Tesis de grado, Esc. de Sociología, UDO, Cumaná, 1977.
13. Schramm, W., Lyle, J., and Parker, E.B.: "Televisión para los niños". Ed. Hispano-Europea, Barcelona, 1965, pp. 51-61.
14. Montaña, op. cit.
15. Böckelmann, F.: "Formación y funciones sociales de la opinión pública", Ed. G. Gilli, Barcelona, 1983, p. 68.
16. Soria, Carlos y Ginber, Juan A.: "El secuestro terrorista de los medios de información", Seminario Internacional sobre paz, Violencia y Medios de Comunicación, Caracas, 21-feb.-1986, mimeo.
17. Citado por Furio Colombo en: "Rabia y televisión". Reflexiones sobre los efectos imprevistos de la televisión, Ed. G. Gili, Barcelona, 1983, pp. 108 ss.
18. Véase el estudio de la Dra. Raquel Soiler, médica-sicoanalista sobre "El niño y la televisión", Ed. Kapelusz, Bs. As., 1981. En él se presenta el síndrome de la televisiosis y televisitis, estado neurótico, entre cuyos rasgos están las intensas ansiedades persecutorias, las ansiedades fóbicas, y la desorganización mental de las correspondientes zonas confesionales.
En Venezuela a partir de 1979, fecha en que se publica el informe "¿Qué está haciendo la televisión venezolana por nuestros hijos?" (mimeo, 64 p.), un grupo de madres ha organizado el movimiento "MEJOR-TV". (El Nacional, 26-XI-1979 y 30-III-1986).
19. Arenas, P.J., op. cit. p. 82.
20. Gurevitch, M.: "The Structure and Content of Television Broadcasting in four Countries", en G.A. Comstock y E.A. Rubinstein (eds); "Television and social Behavior, Vol. I, Media Content and Control. Washington, D.C., U.S., Government Printing Office, 1972, pp. 374-385.
21. P. Marks Greenfield: "El niño y los medios de comunicación", Ed. Morata, Madrid, 1985, pp. 128-130. El estudio reviste un particular interés, ya que

reseña las primeras investigaciones sobre los efectos de los contenidos de violencia en los video-juegos.

22. Gébner, op. cit. pp. 28-187.
23. Murray, J.P.: *Television and Youth: 25 Years of Research & Controversy*, Washington, 1980, p. 29.
24. Véase: Bisbal, Marcelino: "Aculturación en la televisión venezolana", *COMUNICACION*, n. 53, Caracas, 1986, pp. 42-59.
25. Colomina de Rivera, M.: "El huésped alienante", Maracaibo, 1968.
26. M. Ferranza, F. García, M. Mendoza: "Influencia de algunos medios de comunicación colectiva en la conducta delictiva femenina", *Revista ORBITA*, n. 13, 1975-1975.
27. Montaña, op. cit., p. 89.
28. UNESCO, op. cit. "Les moyens d'information..."
29. Doelker, Christian: "La realidad manipulada", G. Gili, Barcelona, 1982, p. 103.
30. Mc Quail, Denis: "Introducción a la teoría de los medios de comunicación", Paidós, 1985, p. 215 ss.
31. Halloran, James D.: "Los efectos de la TV. Ed. Nacional, Madrid, 1974, pp. 100-101; Schiller, H.: "A la espera de órdenes. Tendencias generales en la investigación de la comunicación de masas en EE.UU.", en: Miguel de Moragas (ed.) "Sociología de la Comunicación de Masas", G. Gili, 1979, p. 69 ss.
32. Una revisión de 67 estudios realizados por Anderson entre 1956-1976 sobre TV y violencia señala que 54 proceden de los EE.UU. y el resto de Inglaterra, Canadá, Australia, Japón y R.F.A. (citado en Murray, J., op. cit. p. 29). Los estudios mencionados del venezolano Carlos Muñoz y del argentino Pedro José Arenas, amplían algo las fuentes documentales con alguna investigación latinoamericana, pero se refieren básicamente a las mismas investigaciones norteamericanas e inglesas. El capítulo sobre "Funciones e influencia" del sociólogo francés Jean Cazeneuve en su estudio "La Sociedad de la Ubicuidad" G. Gili, 1978, se nutre de las mismas fuentes sajones (EE.UU., G.B.).
33. Berlo, D.: "El proceso de la comunicación", Ed. Ateneo, 1971, p. 21.
34. Las referencias de los estudios estadounidenses están tomadas en su mayor parte del citado estudio de Murray, J. P.
35. Halloran, J. H.; R.L. Brownand Charley: "Television and Delinquency", University of Leicester, 1970.
36. Noelle-Neumann, Elisabeth: "Werbung, Konsonanz und Öffentlichkeit", p. 33, citado por F. Böckelmann, op. cit., p. 193.
37. Pomenta, Eloy Silvio: "El borderline o la manera narcisista de vivir, Mediciencia Editora, Barcelona, 1985. El autor plantea el influjo de los medios en la sociogénesis del patrón de conducta borderline con sus rasgos de rabia, impulsividad y tendencias suicidas, etc. Véase también una selección del estudio en: *COMUNICACION*, n. 53, marzo 1986, pp. 101-107.
38. Dahrendorf, R.: "Sociedad y libertad", 2da. edic. Madrid, 1971, pp. 205 ss.; Boscir: "Evangelio, violencia y paz", Madrid, 1977; Mury, G.: "Teoría marxista de la violencia", Ed. Tiempo Contemporáneo, Bs. As. 1973.
39. Aguirre, Jesús Ma.: "Identidad nacional y cultura de masas", *COMUNICACION*, n. 53, Caracas 1986, pp. 11-24.

NUEVA DIRECCION

REVISTA **comunicación**

Edif. Centro Valores, local 2
Esquina Luneta
Apartado 4838 Tf. 563.50.96
CARACAS 1010-A --- VENEZUELA